



Realidad y ficción. Un dibujo de Harvey Weinstein durante el juicio celebrado en 2020.

ILUSTRACIÓN: JANE ROSENBERG

“Hay algo de todos nosotros en Harvey Weinstein”

Emma Cline. La escritora de ‘Las chicas’ novela la última noche en libertad del productor



LA JUSTICIA DE EE UU dictaminó a principios de 2020 que Harvey Weinstein era culpable de violencia y abuso sexual: de violación. ¿Es posible que el propio productor viviera la víspera de la sentencia como si fuera un animal perseguido injustamente? Así es como aparece en *Harvey* (Anagrama), la novela que acaba de publicarse y en la que su autora, la estadounidense Emma Cline, se ha metido en el piel y en la mente de quien fue uno de los productores más poderosos de Hollywood. «Sí, *Harvey* es un avatar de Weinstein, pero hay algo de mí, de todos nosotros, en él», responde la escritora en una entrevista vía internet.

Emma Cline es conocida por *Las chicas* (Anagrama), la novela de 2016 inspirada en las víctimas/cómplices de una secta muy similar a la de Charles Manson y que convirtió a la joven autora en una voz relevante en el

debate público de su país. Desde entonces, Cline ha escrito contundentes artículos contra el acoso a las mujeres que funcionan hoy como un presagio de *Harvey*. En sus páginas, Cline cuenta, sin juzgar, las últimas 24 horas de Harvey Weinstein como un hombre (semi) libre, desde el punto de vista de quien fue uno de los hombres más temidos del cine.

Harvey, en el libro, no parece un monstruo sino un envejecido niño mimado, enfermo y manipulador. En una reciente entrevista en *The New Yorker*, la autora decía que Weinstein es «malo como todos lo somos. Está solo y asustado».

P. ¿Lo ve así?

R. Cada uno de nosotros cree que es el héroe de la historia. Puede que tengamos malos pensamientos, pero nos consideramos buenas personas, ¿no? Yo también vivo en una burbuja y esta conciencia también es parte

de mi burbuja, de cómo me digo las cosas. Respecto al miedo, es cierto; Harvey debería estar más asustado, pero el que haya vivido tantos años protegido por el poder sigue aislándolo. Es un delirio. Cuando no encuentra la salida, cuando ve que la puerta no se abre, inventa una historia. Se distrae con un compromiso,

Por Luca Mastrantonio (“Corriere della Sera”)

un proyecto, una fantasía. Entonces confunde a un extraño con un escritor famoso con el que sueña trabajar.

P. ¿Qué relación tiene usted con el miedo?

R. De niña tenía más presente la experiencia del miedo. A los 17 años tomé lecciones para volar, pero no las terminé. Hoy la idea me aterroriza. Hablando de temores más recientes, hace unos meses, en julio, estaba

en un coche y presencié un accidente. Un coche pasó zumbando, tocó el mío y vi cómo atropellaba a un motociclista. Murió allí mismo. Luego, el coche que causó el choque golpeó una caja eléctrica y se incendió. Tuve un momento de conmoción y miedo. Todos los detalles estaban claros. Poco después, volví a sentir

una extraña seguridad en el interior de mi coche. Al igual que con el Covid, pensé: estás en casa, tienes miedo de una muerte que es abstracta, no la vives directamente, o eso crees. Sin embargo, algo puede traspasar esa protección, entiendes que la amenaza es real, que no estamos tan seguros como pensábamos. Luego esta conciencia pasa y seguimos diciéndonos a nosotros mismos que todo

estará bien, que todo saldrá bien, que seguiremos adelante. Vivimos en la incertidumbre y eso es difícil porque amamos lo que podemos controlar.

P. ¿Cuándo decidió entrar en la burbuja narrativa de Harvey Weinstein?

R. Me llamaron la atención unos artículos que hablaban de su vida diaria, similar a la de muchos de nosotros: despertarse por la mañana, hacer llamadas telefónicas, búsquedas en Google, aburrirse, ver Netflix. Aquí está el desafío: contar los momentos cotidianos de una persona que vive una profunda ruptura con la realidad. Escribo ficciones para entrar en la conciencia de una persona, de un personaje, sin que lo justifique o lo apoye.

P. ¿No tiene miedo de humanizar a un hombre que es un monstruo para muchas mujeres?

R. Vivimos en un momento histórico en el que muchas personas quieren dividir

todo entre el bien y el mal, el blanco y el negro. Lo entiendo en la vida y en la política, pero en literatura, en la ficción, para mí no hay moralidad. Muchos aplican estándares morales a personajes de ficción. Quien crea personajes con un mensaje lo que está haciendo es propaganda, y a mí no me gusta ni escribir ni leer propaganda.

En *Harvey* el productor se absuelve a sí mismo, pero en algunos pasajes vemos que es su cuerpo el que lo traiciona. Se siente avergonzado, evita mirar su sexo en el baño. «La idea de que Weinstein no quiera ver sus propios genitales cuando se baña viene de un artículo que leí. Aparecía el testimonio de una mujer sobre el pene de Weinstein. Se trataba de una forma extraña, fuente de problemas íntimos... ¿Qué bloqueos crea en la mente de un hombre? No mirar el sexo de uno mismo es una forma de protegerse. El cuerpo revela cosas que de otra manera no serían claras».

Otro elemento real que está presente en la novela de Emma Cline es el dossier de los abogados de Weinstein, que incluye fotos con actrices que luego lo acusaron: «Lo besaron en la mejilla!», escribe, «se pegaron a él, presionando sus caras contra la suya, prácticamente follándolo contra la mesa de productor. No sé lo suficiente para expresarme como una columnista», explica Cline, «pero, como escritora de ficción, sé que él ve esas fotos como redención, como prueba de su inocencia. Una prueba de la energía magnética que poseía, del carisma, del poder que lo protegía».

«La sonrisa de Harvey Weinstein cuando conoce a una mujer es la sonrisa de una calabaza de Halloween: familiar e inquietante», escribe Cline en este breve libro. ¿Cómo describiría la autora su propia sonrisa? «¿La mía? Creo personajes de ficción porque no me gusta escribir sobre mí. Cuando escribo no tengo cuerpo, siento que no lo tengo. Me gusta este sentimiento», sentencia.